



## *Antología poética*

Vicente Gallego

### **La luz, de otra manera**



#### *septiembre, 2*



Es ahora la vida  
esta extraña y frecuente sensación  
de sopor y distancia,  
y es también una luz que vela el mundo:  
salir del caserón tras la comida,  
recorrer bajo el sol la carretera  
con los ojos ardientes de un verano  
y sentarme en la roca frente al mar.  
Abandonarme entonces  
al sonido sin pausa de la tierra  
mientras me vence el sueño algún instante  
y me moja las sienas con su agua bendita.  
Descubrir con asombro renovado  
al pescador que vuelve cada tarde,  
como vuelven las olas,  
como vendrá la brisa con la noche.  
Y esperar otra vez sobre la roca,  
abrumado en el centro de la vida,  
a que la sombra inunde



lentamente mi sombra.

## *octubre, 16*

△▽

Despierto. Pesa el sol sobre mi rostro  
y la arena ha tomado mi forma levemente.  
Incorporo un momento la cabeza  
y el cielo es todo mi horizonte,  
un cielo de ningún color sino de cielo,  
de cielo que yo veo en una vela,  
la vela diminuta que recorta  
y fija el universo en su contraste.  
Y luego el mar,  
el mar bajo la vela, ese mar que es inmenso  
pues llega hasta mi vientre y no concluye.  
Entre el cielo y el agua me detengo un instante,  
y después me acomodo hasta quedar  
sentado por completo.  
El mar entonces me abandona, se retira,  
y la arena se moja, avanza, se seca y se calienta  
confluyendo en un punto y acercándose a mí,  
pero un cangrejo cruza en ese instante  
y mis ojos se van con el cangrejo,  
y el cielo se hace rojo en su coraza,  
y el mar se pierde y nada pesa.  
Y al fijar la mirada atrapo el universo,  
completo y detenido en su pasar efímero  
a lomos de un cangrejo que lo arrastra,  
sin saberlo, un segundo.  
Y pienso que en las grandes creaciones  
vida y arte no alientan en lo extenso,  
sino en ese detalle que despierta  
nuestro asombro.  
El crustáceo se oculta  
y nos apaga el mundo.

△▽

## *octubre, 26*

△▽

Hay días en que el cuerpo nos sorprende,

△▽

un olor muy intenso lo delata,  
un sentirse animal que vibra y que respira.  
Bajar hasta uno mismo y ensuciarse  
de materia, de mundo y de calor,  
bajar hasta uno mismo y ensuciarse  
de muerte, de esa muerte pequeña en el deseo  
que eleva nuestra carne y nos sitúa  
junto al polvo,  
lentísima y salada ceremonia,  
mano lenta que duele y que arrebatada,  
cuerpo mío  
borracho de calor y de existencia,  
misterio al que me arrastra otro misterio:  
tú, templo irrenunciable entre pasiones  
y renunciadas.

### *octubre, 31*



Tarde azulada, inmensa,  
tarde que sé y que nunca expreso. Sol  
que baja mansamente hasta mi rostro  
mientras la sombra envuelve  
mi fatigado cuerpo.  
Dos perros se pelean en la playa,  
uno consigue el hueso  
y lo desprecia pronto.  
La escena es irreal desde esta altura.  
Terraza inmóvil y oscilante, peso  
y espesor, fiebre dulce y abandono,  
deseo que adelgaza su presión.  
¿Diluirse tal vez o sólo un hueco?  
Diluirse tal vez en este hueco:  
mar, tarde, sol, contemplo, duermo, soy.



### *noviembre, 15*



Con esta sola mano  
me fatigo al amarte desde lejos.  
Tendido bajo el viejo ventanal,



espero a que el sudor se quede frío,  
contemplo el laberinto de mis brazos.  
Soy dueño de un rectángulo de cielo  
que nunca alcanzaré.  
Pero debemos ser más objetivos,  
olvidar los afanes, los engaños,  
el inútil deseo de unos versos  
que atestigüen la vida. Celebrar  
el silencio de un cuerpo satisfecho,  
esa altura sin dios a la que llega  
nuestra carne mortal. Saber así  
la plenitud que algunos perseguimos:  
un hombre, bajo el cielo, ve sus manos.

## ***noviembre, 26***

Que nuestras manos puedan

protegermos del sol,  
que eclipsen su contorno totalmente,  
no debiera ocultarnos el tamaño  
de ese astro al que quiero llamar padre.  
Bajo su luz desnuda  
no precisan las cosas de adjetivos:  
la mañana del mundo es cuanto tengo,  
contra su cielo soy  
un cuerpo frente al mar que ahora procura  
disfrutar de su instante  
en el hueco sin pausa de los siglos.

Austeridad y lujo de lo exacto.



## **La plata de los días**



## **Profesión de fe**



*A Paco Díaz de Castro y Almudena del  
Olmo*

Quizá debiera hoy felicitarme,  
recibir mi cordial enhorabuena  
por tantos equilibrios, por estar  
aquí, sencillamente,  
sencillamente pero nada fácil  
habitar esta tarde, haberla conquistado  
a través de batallas,  
caídas, días grises, desamores, olvidos,  
pequeños triunfos, muertes  
muy pequeñas también,  
pero también muy grandes.  
Haber llegado aquí, hasta esta luz  
que anoto para luego,  
para acordarme luego, cuando sea difícil  
admitir la existencia de esta tarde  
a la que llego solo, disponible,  
sano, joven aún, y decidido incluso  
a olvidar el cansancio, la experiencia,  
convencido de nuevo de que sí,  
de que a partir de hoy, acaso, todo  
lo que tanto he soñado, todavía,  
pudiera sucederme.



## **En la brigada de poda**



Hace ya cierto tiempo  
me otorgó la fortuna un trabajo benigno:  
donde acaban las dunas, no muy lejos del mar,  
estas manos aprenden los cuidados  
que precisan los árboles, amparan  
la vida de los pinos, y mis ojos contemplan,  
en algún tronco enfermo que agoniza de pie,  
una muerte que asombra por serena y por lenta.  
Son jóvenes los hombres que comparten  
conmigo la tarea cotidiana, y entre pinos que crecen,  
y el alto sol que brilla sobre el bosque,  
cada día pasean los ancianos, o pescan en la playa,  
o procuran aún hacer deporte.  
Casi todos saludan, sonrían, son cordiales,  
nos preguntan acerca del trabajo,  
parecen satisfechos de las cosas.  
Cuando pasan los miro y siento frío,  
y he llegado algún día a preguntarme  
por qué razón no lloran o maldicen,



y si seré capaz de despedirme  
con tanta dignidad. ¿Será que el hombre,  
con los años, aprende a odiar la vida  
como la vida acaba mereciendo, con la misma locura  
que de joven la amó, y la sola idea  
de perderla de vista lo consuela?  
¿O es que acaso el dolor, la rabia, el miedo,  
van perdiendo también su antigua fuerza  
igual que pierde el brillo la alegría,  
y tiene así la vida con nosotros,  
por una vez, un gesto de piedad?

## **En las horas oscuras**

En las horas oscuras



que van creciendo en nuestras vidas  
al igual que la noche se alarga en el invierno,  
en esas horas, a menudo,  
una imagen tenaz y hermosa me consuela.  
Regreso hasta una playa de otro tiempo  
todavía cercano. Es un día precioso  
de final de septiembre, brilla el mar  
con su estructura lenta, sugestivo y exacto  
como un cuchillo.  
Y no estoy solo,  
un grupo de muchachas me acompaña;  
el sol dora sus cuerpos de diecisiete años,  
y es ya fresca la brisa, y en sus nuca  
la humedad reaviva el aroma a colonia.  
La tarde es un clamor de tiempo invicto,  
y las muchachas ríen, y me dan su alegría,  
aunque no amo a ninguna,  
y hay un aire de adiós en cada cosa:  
en el verano aquel, en aquellas muchachas  
que desconozco hoy, y en la luz de la playa.  
Apuré aquel momento agradecido,  
al igual que se goza un hermoso regalo,  
en su dicha sereno, destinado a perderse  
tras la felicidad frecuente de esos años.  
Y ahora comprendo que en aquella tarde  
algo más que belleza se ocultaba,  
porque su luz me salva, muchas veces,  
en las horas oscuras.  
En las horas oscuras me consuela  
una imagen tenaz de la alegría.

Y yo aún me pregunto por qué vuelve,  
y qué es lo que perdí en aquella playa.

## Lo que al día le pido



Lo que al día le pido ya no es  
que me cumpla los sueños, que me entregue  
los deseos cumplidos de otros días,  
porque al fin he aprendido que los sueños  
son igual que las alas de un insecto  
y al tocarlos el hombre se deshacen;  
y es que un sueño al cumplirse es otra cosa  
que no ayuda a volar.  
Lo que al día le pido es ese sueño  
que al rozarlo se parta en otros sueños  
lo mismo que una bola de mercurio,  
y que brille muy lejos de mis manos.  
Lo que al día le pido empieza a ser  
más difícil incluso de alcanzar  
que los sueños cumplidos, porque exige  
la fe antigua en los sueños.  
Lo que al día le pido es solamente  
un poco de esperanza, esa forma modesta  
de la felicidad.



## Échale a él la culpa



*A José María Álvarez y Carmen Marí*

Hoy te has ido de fiesta con amigas,



y sin que tú lo sepas me regalas  
un tiempo de estar solo que ya empieza  
a ser raro en mi vida, un tiempo útil  
para intentar pensar en ti como si fueras  
lo que siempre debiste seguir siendo  
cuando pensaba en ti: aquella persona,  
en todo semejante a cualquier otra,  
que una noche lejana tuvo el gesto

generoso y extraño de entregarme su amor.  
Pero el amor nos cambia, nos convierte en espías  
ridículos del otro, en implacables jueces  
que condenan sin pruebas y comparten  
sus estúpidas penas con el reo.  
El amor nos confunde y trata ahora  
de que vea en tu fiesta una traición.

Por huir de esa trampa me amenazo

con los nombres que cuadran al que en ella se enreda:  
egoísta, ridículo, inseguro, celoso...  
Y como un ejercicio de humildad pienso en ti  
divirtiéndote sola: te imagino bailando  
y mirando a otros hombres;  
al calor del alcohol  
confiesas a una amiga algunas cosas  
que te irritan de mí sin que yo lo sospeche,  
y por unos instantes saboreas  
una vida distinta que esta noche te tienta  
porque eres humana, aunque no me haga gracia.

Ahora caigo en la cuenta de que dudas

como yo dudo a veces, y que también te aburres,  
y que incluso algún día habrás soñado  
follar como una loca con el tipo que anuncia  
la colonia de moda.

Para calmarme un poco  
tras la última idea, yo me digo  
que el amor es un juego donde cuentan  
mucho más los faroles que las cartas,  
y procuro ponerme razonable,  
pensar que es más hermoso que me quieras  
porque existen las fiestas, y las dudas,  
y los cuerpos de anuncio de colonia.  
Lo que quiero que sepas es que entiendo  
mejor de lo que piensas ciertas cosas,  
que soy tu semejante, que he pensado besarte  
cuando llegues a casa; y que es el amor  
—ese tipo grotesco y marrullero—  
el que va a hacerte daño con palabras  
absurdas de reproche cuando vuelvas,  
porque ya estás tardando, mala puta.



La infancia en mi memoria es un derroche,  
una inmensa fortuna en el desierto,  
una flor en las manos de un cosaco,  
un tiempo en que creí no tener nada  
y sin saberlo tuve lo más grande:  
esa firme creencia en que los años  
pondrían a mis pies el mundo entero.  
La infancia se parece a esos regalos  
que a los niños les hacen para luego,  
diciendo que los guarden, que algún día  
aprenderán sin duda a utilizarlos.  
La infancia es un regalo que disgusta  
porque uno no sabe de qué sirve,  
y, cuando al fin lo entiende, ya lo ha roto.



## El eterno retorno



*A Pere Rovira y Celina Alegre*

El ascensor de casa de mis padres,



un pub con reservado, la playa de Canet,  
aquel piso alquilado con amigos,  
unos cuantos hostales, y otros tantos jardines  
que hay en esta ciudad.  
Muchas veces, pensar en el amor me devuelve a esos sitios  
que no guardan memoria del amor, pero que sí conservan  
la fuerza de la carne que desató su nombre.  
Recordar sentimientos es un arduo trabajo  
—como cuidar enfermos terminales o embalsamar cadáveres—  
que uno suele quedarse sin cobrar.  
Sin embargo, el recuerdo del sexo no se muere,  
sus escenas las guarda  
nuestra más fiel memoria congeladas,  
una extraña memoria que nos deja  
devolverles la vida algunas veces  
con la sabia asistencia  
de nuestras propias manos, pues su semilla queda  
enterrada en el cuerpo, y rebrota con fuerza renovada  
desde dentro del cuerpo  
si el deseo la riega y le da su calor.  
Toda felicidad acaba siendo  
una rota muñeca con que el hombre se engaña,  
pues la dicha que muere nunca vuelve

y su cuerpo se mezcla con el polvo;  
pero el placer renace de sí mismo  
y se renueva  
con la fuerza admirable de cualquier vegetal.

Con el amor que tuve a las mujeres  
he ido construyendo un cementerio,  
pero el placer que hallé sobre sus cuerpos  
lo convierte a menudo en un jardín.

## La sonrisa



*A José Miguel Arnal, in memoriam.*

Es un puente que acerca  
geografías humanas. Le fiamos  
la burla y la alegría por igual.  
Se parece a los ríos, y a la luna,  
y a nada se parece. Yo la he visto  
brillar como la luna y fluir como un río  
recorriendo unos labios de mujer.  
Puede ser un regalo, una condena,  
cohabitar con el necio y encubrir al traidor.  
Mi corazón le debe la memoria  
de los seres que he amado y que perdí,  
pues el tiempo, que borra en mi recuerdo  
el perfil de sus rostros, no empaña sus sonrisas,  
y en sus sonrisas vive extrañamente  
la clara imagen, fiel,  
de todo cuanto fueron para mí.  
La sonrisa nos salva y debería  
conservarla la tinta,  
como una huella dactilar del alma.



## Las pausas de la vida



He fumado en las pausas de la vida  
las lentas hojas del tabaco oscuro,  
he cuidado mis plantas, y en la tarde



he aguardado escribiendo  
aquello que se fue o lo que deseo  
que en adelante llegue para así  
poder perderlo todavía.  
He aguardado fumando, y el tabaco  
ha sido un dulce aroma, mi esperanza  
de tabacos más dulces, de otras hojas  
en las plantas que cuido y que deparan  
una flor a mis ojos que todavía esperan.  
Y cuando ya mis ojos no consigan  
encontrar el camino alegre de la espera,  
y cansados demanden una última pausa  
para fumar en calma y recordar,  
yo quisiera que entonces  
mi vida hubiera dado una cosecha  
apretada y hermosa,  
lo mismo que la planta del tabaco,  
que tal vez ya no sepa  
conservar para mí el sabor que ahora tiene,  
consolarme esos días.  
Que mi vida suplante a ese tabaco  
para poder prensarla, estando seca,  
sentirla entre los dedos, llevármela a la boca.  
Que el fuego la convierta en humo dulce,  
en un último aroma.

## Composición de lugar

Hablar de un peso extraño, acaso de un fantasma



que carece de cuerpo y que dispone  
sus huellas en las cosas sin que nadie lo advierta.  
Sugerir esa sombra que en la noche  
va manchándolo todo, y procurar a un tiempo  
evitar cualquier clima misterioso.

La escena es cotidiana: cuando termina el día

hay un hombre sentado en la terraza, lo acompañan  
un cigarro de hoja y una música.

La tercera persona y el verano  
convendrían al tema, y parece preciso a estas alturas  
que el lector adivine lo que tiene  
de vulgar y de única esa noche.

Intentar ayudarlo a través de una imagen  
que no sea difícil y que adorne el poema  
con su brillo discreto, por ejemplo:  
ese habano que ayer ardió también,

y mañana arderá y que sin embargo  
ahora mismo se quema para siempre en la boca.

Que se intuya que el día no fue nada especial,

y que no hay sentimientos en desorden  
que a la noche contagien la emoción  
que hay ahora en la noche.

Que arda aún el habano en las manos del hombre,  
que esa brasa se encienda todavía un momento  
como si fuera un símbolo, y que no quede claro  
si se habla del brillo o se habla del humo.

Aprovechar el humo para hablar del fantasma

que en el verso primero carecía de cuerpo  
y manchaba las cosas con sus huellas.

Conseguir que el lector  
arrastre su memoria por las cosas  
como arrastra un fantasma sus cadenas,  
y así sienta ese peso, porque ese es el peso  
que cada corazón va dejando en su noche,  
hasta que todo adquiere el peso exacto  
de cada corazón.

## **Variación sobre una metáfora barroca**



*A Carlos Aleixandre*

Alguien trajo una rosa



hace ya algunos días, y con ella  
trajo también algo de luz;  
yo la puse en un vaso y poco a poco  
se ha apagado la luz y se apagó la rosa.  
Y ahora miro esa flor  
igual que la miraron los poetas barrocos,  
cifrando una metáfora en su destino breve:  
tomé la vida por un vaso  
que había que beber  
y había que llenar al mismo tiempo,  
guardando provisión para días oscuros;  
y si ese vaso fue la vida,  
fue la rosa mi empeño para el vaso.  
Y he buscado en la sombra de esta tarde

esa luz de aquel día, y en el polvo  
que es ahora la flor, su antiguo aroma,  
y en la sombra y el polvo ya no estaba  
la sombra de la mano que la trajo.  
Y hoy veo que la dicha, y que la luz,  
y todas esas cosas que quisiéramos  
conservar en el vaso,  
son igual que las rosas: han sabido los días  
traerme algunas, pero  
¿qué quedó de esas rosas en mi vida  
o en el fondo del vaso?

## Maneras de escuchar un blues



*A Eloy Sánchez Rosillo*

Es hermosa esta noche de verano,  
aunque no más hermosa  
que cualquier otra noche de verano.  
Es hermosa esta noche en que estoy solo,  
y fumo, y he dejado  
en penumbra la casa mientras suena  
un dulce y triste blues,  
un blues tan triste y dulce como otros.  
Nada en mí, ni en la noche, ni en la música,  
se diría especial, y sin embargo  
existe algo muy hondo en esas cosas  
que parecen sencillas:  
una extraña grandeza que no acaba  
de ser exaltación, tragedia, paz,  
pero que es todo eso, y es también  
un sentir claramente  
que para que esto ocurra ha sido necesario  
apurar estos años, acumular recuerdos,  
haber ganado  
y haber perdido tantas cosas.  
Para que este piano suene así,  
para temblar así con esta música,  
ha sido necesario  
ir llenándola poco a poco  
de belleza y de daño, ir llenándola  
con nuestra propia vida, para que se parezca  
a nuestra propia vida, y suene así:



tan insignificante  
y tan grande, tan triste, tan hermosa.

## Santa deriva

△▽

## Delicuescencia

△▽

*A José Saborit*

Reventado clavel blanco y distante,

△▽

lepra inversa del cielo sois vosotras,  
altas nubes de junio.

¿Qué sonora alegría le regala

de cristal afinado

vuestra espuma inocente a la mañana nuestra,  
y de dónde nos llega esa emoción,  
tan misteriosa y nítida,  
que produce observaros en el día del hombre?

Formas breves de un sueño sois vosotras,

confirmación liviana de estos ojos  
que os contemplan flotar  
calladamente  
sobre la cima hueca de la vida.

Delicuescencia pura y noble sois,

blancas nubes serenas,  
felicidad sin causa  
bajo el cobre encendido de este sol impasible.

Como nosotros mismos sois vosotras

y por eso miraros nos conmueve,  
altas nubes de junio:  
humo limpio de un tiempo en que juntos ardemos.

## El olivo



En su hábito oscuro, con los brazos abiertos,



como un monje que al cielo le dirige  
su plegaria obstinada por la vida del alma,  
el olivo difunto permanece de pie  
mientras la tarde dobla sus rodillas.

Enhebrado en la luz que se adelgaza,

su severo perfil  
cose el cielo a la tierra,  
vertebra el espinazo de la tarde.  
Y un saber de lo nuestro  
en su reserva humilde sospechamos.

Encallecida mano codiciosa

cuyos dedos se tuercen arrancándole al aire  
un pellizco de vuelo,  
algo extraño nos hurta el viejo olivo:  
un secreto inminente, temperatura extrema  
de un decirse que clama en su lenguaje mudo.

Y el hombre le dirige su pregunta.

Con su carga de hormigas y de soles,

con el misterio a cuestras  
que buscamos cifrar en su oficio sencillo,  
este tronco orgulloso es sólo eso:  
sugestión arraigada de las cosas  
que quedarán aquí cuando partamos,  
contundente respuesta  
que a la luz de la luna nos aturde el oído  
con su seco zarpazo de silencio.

## Cántaro



*A Pere Rovira*

Naciste



con nosotros,  
cuando irguieron los hombres  
con dolor sus espaldas  
y en lo alto escrutaron lo que somos:

la esperanza y el pánico del cielo.  
Eres,  
cántaro humilde,  
el hijo primogénito  
del genio de la especie,  
y eres también de su codicia el padre.  
Soñó nuestra intemperie allá en su aurora  
tu regazo custodio de los dones,  
y fuiste encarnación  
de un arcano apetito:  
la huraña saciedad hecha forma sumisa.  
Eres,  
cántaro dócil,  
arte puro en la ciencia de vivir,  
floración en arcilla  
de la razón primera,  
orgullo de un pensar menesteroso,  
primordial recipiente  
donde a fuego esculpió  
su condición sedienta el alma humana.  
  
Te cambiarán el nombre los idiomas,  
transformarán los tiempos tus hechuras,  
pero será común nuestro destino,  
pobre cántaro hermano,  
mientras el hombre dure,  
porque el hombre guardó su esencia en ti  
y te creó a su imagen:  
cuerpo oscuro de barro  
donde habitan la miel y el agua clara.

## **Fetichismo**

Esclava del capricho

de tu extraño demonio,  
del ornato requieres en tu entrega desnuda:  
seda negra  
sobre negros tacones para el descalzo amor.

Pero lo más extraño es que un demonio,  
cuyos caprichos cumplo esclavizado,  
ante tu negra seda truena y gime  
clavado en el arpón de la lujuria.

El color de la sombra que seremos  
nos enciende en la cama y, más extrañas,





nuestras sombras propician la concordia  
con que tú y yo robamos  
un placer tortuoso a la inocente seda.

Seda negra en tu cuerpo

para abrigar el alma,  
y en la margen del río que nos lleva,  
el oasis remoto donde el instinto busca  
claro cauce en su noche.

Y en la noche cerrada del deseo  
mendiga nuestra fiebre su limosna de aurora.

No hay nada que entender en los antojos

de los fieles demonios que en nosotros gobiernan,  
tan sólo su obediencia nos reclama;

y está bien que así sea,  
está bien que el misterio anteceda al misterio:

negra

seda negra

sobre tu carne blanca, negra

seda negra

como el oscuro amor, como el oscuro  
origen de la luz que en nuestro cielo  
brilla sólo un instante y se hace oscura.

## **El arroyo**



*A Antonio Cabrera*

La tarde nos sugiere su fragante verdad,



su melodía aérea, entre dos luces,  
reconcentrada y vieja como el mismo verano.

¿Qué pretende decirnos

con su voz quebradiza de inmemorial acero?  
Alto calla la tarde para que el alma escuche  
su solemne silencio atronador,  
su cifrada respuesta.

Porque el jazmín nos roza con su cálido aceite

generoso de vida,  
delicada es la pena que vertimos,  
como un agua de flores que se pudre,

sobre el cuerpo insepulto de la tarde.  
En el arroyo breve  
de este tiempo que fluye y nos ignora  
he buscado saciar mi sed antigua.  
No le hago preguntas, no le traigo demandas.  
Mi mano acerco sólo a su corriente  
y contemplo un instante  
cómo enturbia mi sombra su agua pura.

## ¿Dónde?



*A Francisco Díaz de Castro*

Donde ya no hay palabras,  
donde sopla el silencio su cristal  
y lo afina en la copa del consuelo;  
donde el llanto se rinde, desoído en su fe,  
a su duro esqueleto de alegría;  
donde el hueso y la carne,  
donde el dolor y el miedo callan sordos;  
donde se vio atendida  
un instante en su afán nuestra plegaria.  
Sobre la misma muerte,  
en su podrida turba, en su fermento oscuro,  
donde arraiga, carnívora,  
la fiera flor solar de estar con vida.  
En el ciego entusiasmo, en la pureza:  
donde tan sólo fuimos  
—¿dónde?—  
pobres almas de dios,  
sólo polvo feliz  
que la tormenta eleva sobre el mundo,  
suplicante  
relámpago  
de amor,  
eléctrica belleza sin custodio.



## De recogida



*A Josepe, Vidal, Merenciano, Migue y  
Tito*

Llama fría del alba, te conozco:



tú vienes a ofrecernos el destilado amargo,  
la comunión marchita, la quirúrgica luz  
con que el cielo ilumina nuestra herida más honda.

Llama

fría  
del alba,  
despedazado cráneo del ingrato deseo:  
¿quién se atreve a mirarte tras la noche de magia?

Los amigos se han ido.

Conducimos ya solos.  
¿Y adónde nos conduce  
la alegría gastada, el oscuro consuelo  
de haber sido felices en la noche?

Satisfacción del mundo,

generosa limosna de una hora,  
no hay engaño en tu don insuficiente  
aunque quiera negarlo la luz rota del día.

Hemos sido felices en la noche.

Los amigos se han ido, conducimos ya solos.  
Buscando algún refugio, regresamos a casa.

Y esta destartalada y alta bóveda  
en la que el sol incendia  
eternamente el aire es nuestra casa.

## Rogatorio



*A Encarnación Ibáñez*

Por la esfera y la cruz  
de perfección divinas,  
por la idea de un alma



que nos salve en la muerte,  
por el alma sin vida del que sufre  
el silencio de Dios ante la saña  
incomprensible y fría de sus dioses,  
por esta soledad  
planetaria y devota del amor,  
por la arcana razón del sinsentido,  
por el sueño de aquel  
que en su vuelo encontró  
el ciego pedernal de la vigilia;  
porque no lo sabré, porque no me sabrá,  
por lo que sí sabemos:  
por la oscura ceniza  
de la rosa de luz que pudo ser,  
por el será y el fue, que son el nunca.

## El espíritu de la carne



*A Abelardo Linares*

Nada tienes que ver con lo divino,

espíritu inmortal,  
aunque nacen de ti todos los dioses  
y en tus calderas funda  
su insana majestad nuestro demonio.

Quien no ha tenido miedo, no te sabe.  
Quien no encontró tu aliento  
fue un sombrío alentar desalentado.

Viento puro en la carne,  
carne pura en el soplo de estar vivo,  
tu dominio reside  
en el crisol fugaz de valentía  
donde el fuego aquilata nuestro metal más noble.

En la zozobra brotas,  
rara flor afligida de esperanza,  
te haces fuerte en la playa del naufragio,  
y edificas tu templo  
bajo el cielo sin ley del fin del mundo.

Eje ciego de fe



donde encuentra la esfera del dolor  
su punto de torsión  
y gira en equilibrio redimido,  
espíritu del hombre,  
hipotenusa nuestra en la ordalía:  
sucede en la perfecta latitud  
tu suceder sin norte,  
y en este deambular atribulado  
gobiernas nuestra nave mar adentro:  
rumbo firme en la dicha hacia la sombra,  
proa invicta de amor en la deriva.

## **Cielo de la mañana**

Contemplado del hombre, siendo sólo

por nosotros que somos solamente una sombra,  
tú nos debes la vida, inexistente cielo,  
tú que duermes feliz en tu vigilia eterna.

¿Qué mísero refugio, losa clara

de nuestro mal lugar, qué socorro le ofreces  
a la mirada fiel que al quererte dibuja,  
en la lámina alta de los días,  
tu carnal consistencia de criatura amada?

Tú eres sólo de un sueño el techo frágil,

ojo en blanco saltado en el rostro del mundo,  
luminoso patrón incommovible  
de nuestra noche oscura.

## **El barro del prodigio**

Religiones y credos te desprecian, carne,

en favor del espíritu,  
pero yo te persigo,  
temblor santo del cuerpo,  
furioso amor que el hueso tañe  
contra el hueso consciente de su quieto destino.  
Hondo aliento de fuerza,  
sabia ley y salud este instinto animal  
de buscar en el pozo de la vida

una muerte pequeña, medida al fin del ser  
en su sol y en su norte,  
metafísica alta sin pensamiento alguno  
donde la sola idea es abrasar  
en un fuego feliz toda idea del fuego.

Sacrificial cordero que redimes

nuestro temor sombrío,  
morada de la ira y de la hez  
hechas música clara,  
tiempo fuera del tiempo,  
agónico estertor sin agonía,  
cuerpo puro  
del alma,  
yo quiero bendecirte  
por la angélica gloria que de ti he recibido.

Placer limpio de culpa,

airado instante  
de la sagrada y puerca maravilla,  
justicia eres de dios, si un dios existe,  
segundo en que la carne vuela y canta  
desde el alado centro de su humana ceniza.

## Vocación de altura



*A Enric Soria*

No persigue en su vuelo esta paloma



redención ni saberes; esclarecida vive  
sin noticia o temor de su destino,  
grácil boga en el aire y es el aire,  
esforzado ejercicio transparente de fe  
en la mañana mía.

En la mañana mía esta paloma

es deseo de altura, salvación por el ojo  
que celebra ese gesto de fortaleza regia  
desde su cuenca angosta.

Vuelan las aves

como si nunca hubieran de morir,  
como si hubieran muerto y en la paz

de algún lago de luz erraran firmes.

Ah, si fuera la muerte,

todo el espacio enorme de la muerte,  
un vuelo poderoso y desatado  
en la cumbre feliz del día eterno.

## **Cuerpo presente**

Como la flor cortada que en un cuenco de barro

se resiste a doblar bajo su peso,  
sabrás sobrevivirme algunas horas.  
Expuesto a la difícil  
tarea de mirar lo que es un hombre,  
serás, solo, otra cosa:  
callada acusación en la espalda del tiempo,  
silencioso clamor que el clamor de la vida  
en el silencio apaga.  
Serás solo, sin mí,  
memoria mía que olvidé de golpe,  
desdibujado cuerpo para el daño  
sólo ya de los otros.

En tu equívoco sueño faltarán mis sueños,

y ensuciarás los sueños un instante  
de quien a ti se acerque a despedirme.  
Nada serás sino molesta sombra  
que golpea en la luz de un sol ajeno.

Qué asombroso es pensar que durarás

un poco más que yo, contorno amado  
de doliente tiniebla en que seguir muriendo,  
reseca cicatriz de mi estatura,  
cuerpo mío sin mí  
en el que fue mi mundo.

## **El magnético centro**

Voló, voló la urraca

sobre el prieto racimo de los hombres.  
Murió la abeja

y se quedó la miel  
sin empeño ni amor  
que la soñase dulce y la forjara.  
Cayó,  
de sombra acribillado,  
el luminoso cuerpo de los dones.  
Quebró su consistencia  
de amapola el azúcar de los sueños;  
su andamiaje,  
tensado en la esperanza,  
cayó,  
y fue firme cimiento de la fiebre.  
Rompió pronto el adobe con el pacto  
que fundó nuestro hogar  
en su fragua de fe y de fortaleza.  
Se terminó el carbón, cayó la torre  
desde su cumbre al vientre de su sombra.  
Cayó todo a su daño:  
su magnético centro,  
su final  
estatura profunda de congoja.  
Y queda en pie el amor de lo que crece  
para ser sólo golpe  
alto y ebrio de cielo en la honda tierra.

## **El himno**

Hay un himno en la noche más oscura

que no todos consiguen entender;  
pero no hay que entenderlo: el himno suena.  
Hay un himno en el grito, en el dolor;  
sus desgarradas notas  
se escuchan en el baile de los huesos,  
descarnados y rotos, que arrastra el huracán,  
en el pico del buitre  
y en las vigas quebradas del hogar destruido.

Hay un canto sutil en la barbarie,

un salvaje concierto en la agonía,  
un compás obstinado en el terror.

Hay un coro triunfal

que no apaga la muerte, porque siguen cantando  
en él las voces secas de los muertos.

Hay un himno en la vida que es la vida,





su terca pervivencia más allá de nosotros,  
el desolado acorde estremecido  
de un cielo imperturbable que contempla  
la sucesión precisa de la fiesta y el luto.

Hay un himno en el caos, y hay después  
ese salmo que clama por el mundo  
desde el alma arrasada de nuestro mundo exhausto.  
No es sencillo entenderlo: el himno suena  
sin contar con nosotros, en el centro sin luz  
del extraño destino de la carne.

Dichoso el que en su noche,  
rodeado de frío y de tinieblas,  
cierra con fe los ojos y es capaz de escucharlo.

## **Escuchando la música sacra de Vivaldi**



*A Carlos Marzal y Felipe Benítez*

Como agua bendita,  
como santo rocío tras la noche de fiebre  
lava el alma esta música con su perdón sincero,  
fluyente arquitectura que en el aire vertebró  
la ilusión de otra vida  
salvada ya para gozar la gloria  
de un magnánimo dios.



De lo terrestre naces,  
del metal y la cuerda, de la madera noble,  
de la humana garganta  
que estremecida afirma la hora suya en el mundo;  
y sin embargo vuelas, gratitud hecha música,  
evanescente espíritu  
que en el viento construyes tu perdurable reino.  
Si algún eco de ti sonara en nuestra muerte...

En mitad de la muerte sueñas hoy,  
cadencioso milagro, pura ofrenda de fe  
en honor de ese dios que no escucha tu ruego  
o que escucha escondido, tras su silencio oscuro,

la demanda de luz con que el hombre lo abrume.

Y si no existe un dios,

¿quién inspira en tu canto tan cumplido consuelo,  
extraña melodía de blasfema belleza  
que a los hombres sugieres su condición divina,  
para qué sordo oído  
—cuando sea ya el nuestro desmemoria en el polvo—,  
en mitad de la muerte, orgullosa plegaria emocionada,  
celebras esa frágil plenitud  
de no sé qué verano o qué huérfana espuma  
feliz  
de aquella ola  
que en la mañana fuimos?

## Cantar de ciego

△▽

## Cantar de ciego

△▽

De ciego es mi cantar,

△▽

porque halla vena  
donde nunca lo sabe,  
y allí aprende  
su letra y mi verdad,  
que es el decirlo.

Pasado lo pasado,

malgastadas  
la carne y las razones,  
y no habiendo  
noticia del propósito, cantemos,  
por que sea el trabajo más liviano.

De ciego es mi cantar,

pero no es mío,  
que lo escuché de boca  
de la que yo más quiero.  
Y si cuatro monedas os sobrarian,  
ponedlas a su cuenta, que en mi plato  
yo no busco dineros.

Es sencillo el milagro

cuando el milagro quiere:  
que encontrada  
su música parece

mejor la flor al que la ve, mejor  
y aun acaso más cierta.

Es sencillo el milagro

y de tal suerte  
que hace luz en la cripta,  
abre la nuez,  
y pone en danza lúbrica a la muerte.

## Con las del aire



Está el día que casi



me sonroja mirarlo, tan desnudo,  
tan dado a su placer,  
tan a su gozo en claro.  
Vierte el sol en las cosas  
su azafrán encendido hasta quebrarlas  
por la mitad radiante;  
se alza  
vivo  
de pájaros  
el árbol,  
y las nubes esparcen,  
por el azul de agosto,  
el arroz de los cielos.

Nada pena en su ser como penamos,  
todo asiente y comulga  
con su sereno oficio en la mañana,  
que es dejar en la luz su silueta apenas.

No vengáis a buscarme a este lugar,  
que tocan a rebato,  
que corre y vuela el río sin lo nuestro,  
que está ya en otra parte esta indulgencia  
del abierto limón y del verano mío.

Qué caras resultáis,  
pasiones de este mundo,  
porque os compra el amor para lloraros.  
Yo no quiero quereros,  
que con el viento voy.

Con las del aire sólo,  
con las del aire quiero,  
que con el viento sí, que canta y huye,

con las del viento a dónde,  
con las de lejos lejos.

## Madrigal

△▽

*Para Encarna Oliva*

Os debo un madrigal,

△▽

amada mía, tierra  
mía, suelo  
de las germinaciones,  
solícita matriz de cuanto quiso  
crecer en buen amor por nuestra casa.

Sois carne de mi carne,  
gozadora, y sois también  
mi coronela  
de las verdades duras,  
las que sólo se dicen entre dos.  
Y amiga mía, sois, cuando gustáis,  
la más misericorde engañadora,  
mi acuerdo y mi disputa, mi querida.

Lo que puedo ofreceros ya lo veis,  
no tiene más valor  
que el que vos le otorgáis al aceptarlo:  
el carbón de mi edad, la oscura alpaca  
que ayer fuera orgullosa platería.

Pues a mi lado vais,  
por tan cierta,  
mi hermana, puta mía,  
dejad, consentidora, que os levante  
la falda, y al desván  
vayamos a sacarnos las vergüenzas,  
vayamos a bebernos las heridas.

Porque os hice llorar, porque lloré,  
os debo una canción aquí en la plaza:  
no atendáis a su letra,  
poned sólo a su música el oído,  
que esa sí, que esa sabe  
sonar sin más verdad que el puro son

del corazón metido a daros gracias  
por todo y por acaso  
lo que pueda llegar, si tuvierais a bien  
compartir la quebrada.

Yo quiero la marchita

gardenia que ya asoma a vuestra piel,  
el fatigado hueso,  
la cabellera blanca,  
yo quiero cuanto venga a derrotaros,  
y a cambio, por defensa,  
la saliva del viejo os he de dar,  
la mano escueta, el miedo y el orín  
de las noches en vela.

## Piedra del día



*A Antonio Cabrera*

Esta piedra se quiere duradera,



se diría que estuvo  
puesta ayer en el tiempo,  
esperándome aquí,  
para que pueda verla esta mañana.

Esta piedra, orgullosa  
de su peso en el mundo,  
muy ufana  
de vivir a su riesgo;  
esta piedra, tan dura,  
no me iba a creer  
si le dijese  
que excavé su contorno  
en la seda del aire,  
que la traigo conmigo  
por el cauce profundo,  
que la estoy proyectando,  
cerebral,  
por el tubo del ojo,  
desde el haz de la nuca,  
sobre el arcano lienzo del sentido.

Por encima del hombro

de la muerte me mira,  
sin saber esta piedra  
que se viene conmigo  
a la hermética cámara,  
a la sorda  
rotación infinita  
de la noche  
sin dos,  
a la sal  
sin pupila.

Dime,

cuando mi luz se apague,  
qué sol,  
qué fuel te sostendrá en tu chispa,  
dónde vas a reinar  
con tu lágrima dura,  
en qué verano  
de qué sueño,  
en qué palma  
de quién  
brillarás, brillarás  
como hoy  
para mí,  
para nadie,  
para el órdago en cruz,  
piedra del día.

## **Canción del malmaridado**

Estuvimos enfermos, se quebraban

los cuerpos de los padres.  
Fueron largas las noches,  
y en ellas sospechamos lo que nunca  
nos cumpliera saber.

Deshojábamos

la negra margarita y nos amaba  
la que con todos quiere,  
la de la trenza fría.

Y fuimos mal casados.

Porque sólo nos quiso

la niña malcarada, mala boda arreglamos:  
llovió nupcial arroz en nuestro día



y era amarga semilla de achicoria  
sobre los cráneos mundos.

Porque sólo nos quiso, madre,

la de la helada trenza,  
la que con todos anda,  
la que con todos quiere.

Y ay que es larga la noche,  
por dormirla con ella.

## La rosa montaraz



*A Carlos Marzal*

De los aceites,



cuál,  
sino ese claro  
que brota en la palabra  
bien prensada,  
que escurre,  
cuando gusta,  
doradora,  
la gota,  
la primera,  
y es entonces  
un ebrio resbalar siempre hacia arriba,  
dispuestos a ceder,  
y en la obediencia  
suave, femenina,  
de dejarnos llevar luego hacia dentro  
donde giran las raras  
luces raras,  
y una hermética flor  
que huele más.

Qué aventura

mejor  
que este soltarnos  
con el aceite fino  
del idioma  
en busca de esa flor,  
la misma y sola,

la de ayer,  
que no hay otra  
y es de todos, y aquí  
el uno ya le toma  
el pétalo más tierno,  
y otro da  
con el redondo aroma,  
y un tercero  
como al descuido coge  
su entera envergadura,  
y la flor  
todavía  
—qué mejor aventura—  
toda está para aquel que llega luego,  
completa y renovada,  
y ese viene y le roba  
la corola también y no se acaba  
en el darse,  
y se da,  
para ti  
y para mí,  
la recóndita flor,  
la en alto toda.

La nunca averiguada,

esa es la nuestra,  
la de las aspas duras,  
la llena  
de peligros  
—qué mejor aventura—,  
la del colmo y la rueda,  
la que sabe librarnos,  
la rosa montaraz,  
la exhaladora.

Yo la quise traer,  
sólo el viento la lleva.

## Noche en la tierra



*(Internet, cámaras web)*

Alguien dio a algún resorte





y nos puso en un puño  
la noche de la tierra.  
¿A través de qué éter,  
emanación o vértigo,  
traídas por hechizo de las cuatro  
esquinas del planeta,  
llegaban hasta mí las hijas solas  
de la pantalla helada  
para pedirme vez,  
fiebre y mentiras?

Como un chorro de helio,  
  
como una salva líquida estallaban  
sus pequeñas ventanas sobre el ávido  
resplandor de la mía.  
Llegaban desde el fondo  
de su duro confín,  
con sus nombres de lujo, siempre anónimas.  
Venían a lo suyo,  
queriendo compartir el fardo grave,  
con su interés a cuestras.  
Yo el mío mendigaba: ese dedal  
de lúbrica justicia.

Vueltas ártica brisa, tibia arena,  
  
disueltas en fotones y sopladas  
por el émbolo ciego de la red,  
llegaban y se iban:  
un engaño del ojo, las apenas.

Desde lejos venían, barajadas  
  
por la noche oceánica,  
para juntarse en haz y llamar a mi puerta:  
las casadas  
de precavido orgasmo, cicateras;  
la flacas, peligrosas  
de fémur y de alma;  
las viejas  
y las gordas,  
calientes como heridas;  
y las otras,  
las nuestras,  
las que nadie  
lo dijera.

Venían a buscarme el agua sucia,  
  
venían a volcar sus orinales.  
Me dijeron pecados, que bebía.  
Purgábamos  
quién sabe qué terror o qué pureza.

Ninguno conseguíamos dormir,  
y porque daba pena  
vernos todos así tan desvelados,  
cuanto escuchar quisieron les hablé,  
del mal que moriría, yo lo supe por ellas.  
Y una flor de piedad nos quemaba en la boca.

## Aquí



A columpiarme vengo



en la alta rama  
de la palabra oída, regalada.  
A escuchar, por decirla,  
la cadencia maestra, que enamora.

Me he acercado a saber,

con zapatos de baile.  
He venido por verlas  
claramente venir.

Aquí es de lo suave  
el fuerte imperio,  
aquí  
sobre la falda  
de la madre se está muy bien mecido.

He venido a servir, en esta casa,  
por ser de mi pasión mejor servido.

He venido a mis anchas  
y en lo delgado estoy, raspa de aquel,  
tañendo la costilla,  
soplando ya en la aguja,  
pulsándome en el nervio musical.

A columpiarme vengo  
en la alta rama sabia arrulladora.  
He venido a crecer, a darme flor.

## Esperma



Esta lágrima ardiendo que tomó



su sabor de la sal gruesa del mar,  
esta lágrima honda, trabajada,  
por la que el hombre llora y se traiciona,  
este chorro de azúcar, pura vida,  
que brota de la amarga espina dura.

Este empeño de ayer

que no termina,  
esta larga fatiga, este enconarse,  
este sólo querer en alto en alto.

Esta gota torcaz, aleteando

para prender su luz  
donde el sacro y el coxis,  
en lo profundo oscuro.

Esta lágrima o gota, esta fluyente

plegaria verdadera,  
yo quise derramarla en el canal central  
de la razón de amor,  
porque me hicieron vivo.

Una perla muy blanca mea el hombre,

más pura que el amor,  
desde el fondo del fondo, estremecido,  
un prieto sedimento de acarreo  
con el que van sangrías, hoces, culpas,  
quereres y obediencia,  
por la rampante arriba,  
camino de la mar,  
lavados en el agua de su olvido.

## El abrazo



Quisimos apurar, por celebrarnos,



el trago de fortuna,  
la esmeralda de luz para los ojos.  
Puesta en sangre la fórmula,  
abrió vena en lo claro y se nos iba  
el corazón arriba.

Una voz de mujer

se abrasaba en el canto, masticaba  
una rosa de fuego.

Pasada ya la cuerda

de la noche y del cuerpo,  
tomados hasta el fondo,  
hasta el cielo del hígado,  
donde la ruina suena  
y silba el cierzo,  
en la más verdadera,  
en la hora a solas,  
se levantó mi amigo.

Un abrazo me dio, pesaba

en él la trama entera  
de cuanto teje a un hombre,  
y más adentro,  
el ruido de la vida, el himno sordo.

Costaba sostener la hueca caja,  
el costillar tan duro.

Un abrazo me dio

como pésame largo, allí,  
en mitad  
de la hora más cierta,  
en la hora  
tan dulce  
de querernos  
desconsoladamente,  
como quieren los muertos.

## **Al lucero del alba**

Cuántas veces, echada

la noche en no dormirla,  
levanté la cabeza  
y allí estabas, a lomos  
de los aires,  
mi estrella tembladora, solitaria  
humana criatura  
en tu tan grave afán de ser la sola,  
la de brillo mejor,  
la primera  
floración de la tarde y la final  
bengala de la aurora.



Cuántas veces,  
de vuelta del amor  
—alzada en una hora Babilonia  
con brea y con cartón y con ceniza—,  
cuántas veces,  
en vano,  
yo quise tu consuelo.

Tú nunca fuiste madre para el hombre  
como la vieja luna,  
tú,  
señora desdeñosa, acusadora  
de los mal dormidores, gota gélida  
en la desierta almena.

Y yo miraba arder,  
en lo más alto,  
el mismo desamparo en forma de planeta.

Tú y yo estamos metidos  
en este desconsuelo de brillar  
con nuestra luz prestada,  
glacial hueso del cielo, amarga hermana.

## Mirándote



Con la cuchilla fría



y con la espuma  
me has dejado bajar,  
darme capricho.

Por verlo más desnudo  
—quién lo sabe por qué—,  
yo cumplo con el rito:  
pongo en claro tu pubis y mi afán,  
y con el agua  
va el fino filamento desatado,  
va la hebra  
por el desagüe oscuro,  
va ese ramo de minio que corté.

Mirándote, lujosa,  
así tan descarada y a mi gusto,  
mirando que me dejas bien mirar  
la puerta toda abierta, el bien de ver

cómo fuerzan tus uñas más el vano,  
cómo tuercen tus yemas el rubí;  
mirándote, sabrosa,  
muy cocida en tu miel,  
yo me relamo,  
te jaleo, me enconas  
con tu celo de hiena, con tu más  
que para luego es nunca,  
con tu dame candela, corazón.

No me dejes tocarte

todavía,  
quiero verte la madre  
y que me mires  
mirándote beber, bebiéndome tu sed.  
Quiero esa prosapia,  
ese sabio linaje  
con que engarzan tus dedos el botón  
borrador de las penas.

Y de tanto querer,  
queredora, contigo,  
yo no sé lo que quiero, yo querría  
lo que no puedes darme:  
bebida de tu cáliz  
el agua del remedio, y acabar.

## Cuando vengas



Cuando vengas,



cuando quieras meter  
tu solución opaca en mi costado,  
donde se afila y duele  
el hueso, el gran cobarde;  
cuando un día se apague nuca adentro  
la ráfaga del ser con un murmullo  
de fósforo quemado y se deshagan,  
polvo al aire de oro,  
las alas del sentido,  
¿dónde cabrá una aguja, la más fina,  
la punta tan siquiera del lamento?

Lo que llaman vivir: una tal furia  
como la dan de balde en este valle  
convertida en arena al primer soplo.  
Poco vale lo todo, la aberrante

trabazón de los mundos  
que una gota disuelve de honda sombra  
brotada en el cerebro.

Cuando vengas, mi muerte,  
cuando se abra el párpado hasta el pánico  
y de su tallo abajo caiga el ojo,  
cuando llegue la hora  
de la hora,  
¿he de ver al trasluz  
la cuarta hoja  
del trébol del porqué,  
o será  
solamente  
un irse en vano,  
sin querer, sin saber,  
un rodar de lo sordo  
a lo más ciego,  
un escueto tragarse  
la lengua hasta el pulmón,  
solo en lo solo?

## Pompa

△▽

Rayó la tarde vertical,

△▽

donde yo la esperaba,  
toda llena de olor,  
mi sanadora.

Se fue enfriando el monte,

y en las altas probetas  
la luz se hizo burbuja de escarlata,  
pompa quieta en el aire,  
calor en la pupila.

Daba miedo mirar

tanto acero fundido,  
una seda tan dura.

Quemándose  
sin pena,  
la materia del cielo,  
la duración del día.

Bebí el pigmento extremo,  
y hubo sed.

De aquel ígneo racimo  
tomé el grano más dulce.  
Y ya el gallo cantaba.

## Al sol de febrero

De entre todas las cosas



serenas de este mundo,  
ninguna como tú, sol de febrero,  
tan parco y tan señor,  
dejándote caer  
por la cornisa azul  
sobre la fría tierra,  
cortando a la medida de los aires  
esta saya olorosa de novicia.

Como si nada hicieras,

déjanos a los pobres tu moneda argentina  
aquí  
sobre la palma  
del corazón abierto,  
aquí  
donde faltaba,  
donde tú siempre sueles,  
donde tienes a bien  
—como el que no hace nada—  
llegarte con tu brasa piadosa.

Vuelca

tu pequeña caldera en nuestro plato,  
pon tu paz meridiana  
por las calles de adentro y las esquinas  
donde el hombre se engalla en la pelea,  
lávanos  
tanta injuria  
en tu siempre dispuesto aguamanil,  
río alado de fósforo y de esporas.

No sólo razonable, ventajoso

nos va ya pareciendo cualquier precio  
por sentarnos aquí,  
bajo tu concha clara,  
un instante tan sólo  
en el que giran  
siglos, tronos, quimeras,



huecos huesos  
donde sopla la muerte su canción  
de cuna y cetrería.

Por este solo instante a tu cobijo

en la tralla del día farolado,  
quién no firmara ahora con buen pulso  
su pena y su hipoteca.

Quién hay  
que no se ponga  
de víspera y de fiesta  
por tomar del almendro,  
entre los dedos,  
el pergamino rosa que es su flor,  
donde nada hay escrito.

## **Mi casa**

Como una piedra pongo la palabra

sobre el suelo de hoy, para poner  
otra piedra mañana hasta que sea  
tan seguro mi techo que os acoja.

Como no tengo piedras,

yo pongo mis palabras todas juntas:  
las de duras aristas, las suaves,  
y entre todas,  
las solas,  
las de pedir clemencia  
y acaso una razón.

Yo levanto mi casa para el agua y el viento.

Para que sople el viento y la desgaje,  
para que el agua corra y se la lleve.

Pero qué iba yo a hacer si no quisiera

mi casa como quiere  
el anciano su sol, la amante su cuidado.  
Yo quise solamente  
darme un techo,  
cuatro humildes paredes en que abrir  
el claro mirador,  
la serena atalaya.

Yo nunca tuve piedras, y las pocas  
palabras que me quedan no son mías.



Sopla el viento y las trae  
para poner mi casa,  
la de los pies de barro,  
la de ventanas altas.

## La noche del agua

Con la luna de agosto

volada del caldero de la mar  
y quieta arriba;  
con el agua hasta el pecho,  
en esta playa sola de la noche,  
y ya cuarenta  
de los que aquí se cumplen sin ganancia,  
contemplo el litoral, y estoy pagado.

Fuera así que nos dieran

aviso de la última y venimos  
a la orilla del agua, ya dispuestos  
para entrarnos a nado  
en la íntima rueda  
donde prende la espuma  
y va en su vuelta blanca cegadora.

Fuera así, en el verano,

que llamaran a cuentas,  
y entrar en las del mar por nuestro pie,  
después del largo día clamoroso,  
bebido el fresco vino con los nuestros.

Si de una merced,

si fuera digno  
de alguna caridad,  
y no por mi valor, mas por lo mucho  
que me tocó temblar,  
si un hombre mereciera compasión,  
concededme que sea  
una noche de luna como hoy,  
metido en este mar  
del verano de dios, de cuando niño,  
cargado con la flor  
de la certeza el cubo  
y dueño, dueño  
de tanta arena mía por llegar  
que se escurre de un puño muy pequeño.



No irá a tu encuentro un hombre:  
de la noche del agua  
a un niño has de llevarte y de su luna.  
¿Es que no lo conoces, es que tanto  
lo ha cambiado el dolor?  
¿De la noche del agua a las del mar,  
llevarás a tu niño, madre ciega?

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

